

LA FÁBRICA DE LOS SUEÑOS

Por aquí todo era tranquilo hasta que llegó Esteban El Pibe y se armó la revolución. Incluso la tía Encarna, que llevaba más de un año sin salir de la casa, desde que al tío Emilio lo despanzurró el tractor, quiso apuntarse al cotarro. Luego no dio la talla, pero por probar que no fuera. Si acudían todas, ella no iba a ser menos. Yo no me he visto en otra desde aquel día.

Aunque el alcalde nos tenía avisado –“vamos a sacar una buena tajada”, había dicho-, el día que los americanos cruzaron el pueblo con la caravana de coches, camiones y grúas ya todo fue un puro desconcierto. Al parecer, los hombres del cine eran ricos y todo lo que tocaban lo convertían en oro, como en el cuento.

Fue en la primavera del año 87. Me acuerdo porque mi prima Clara cumplía diez años y su madre, que era alemana, decía que era una edad redonda, y que había que celebrarlo por todo lo alto. El tío Braulio había bajado hasta Sanlúcar y había traído langostinos tigrés y camarones, y corrió la manzanilla hasta muy tarde, y los hombres pellizcaban a las mujeres, que no paraban de reír. Todo esto sin dejar de bailar todo el tiempo. La prima Clara me obligó a comer camarones, con cáscara y todo, y se reía de mis aspavientos y morisquetas, pero yo logré tragármelos, a pesar del asco, porque la prima Clara es un sol, por eso la escogieron a la primera.

Mi prima Clara es delgada como un junco y rubia como la tierra albariza. Ese color lo ha heredado de su madre, la tía Karla, que es alemana, ya lo he dicho, y tiene los ojos verdes unas veces, otras grises y otras azules, es como si tuviera las marismas dentro. Cuando hicieron la prueba, nada más verla, le dijeron: pasa, y fue una de las que mejor hacía el papel de inglesa. A ella no tuvieron que pintarle el pelo, ella ya lo tenía dorado. El que hacía la prueba se quedó prendado de sus ojos. Llamó a Esteban El Pibe y le dijo: mira, y Esteban El Pibe, que era el jefe, le dio mucha charla mientras duró la película. Fue gracias a ella que me dejaban estar allí, fuera de la alambrada, mientras apuntaban con sus máquinas como cañones hacia dentro de los alambres.

Yo tengo dos debilidades, mi prima Clara y los gazapos. Los gazapos son las crías de los conejos, eso todo el mundo lo sabe. En Trebujena hay muchos conejos. Se los ve al atardecer dando saltitos por la marisma. La marisma está seca y cuarteada, y antes de que anochezca parece que arde, con ese sol tan rojo y tan redondo huyendo allá a lo lejos camino del Guadalquivir. Dicen por aquí que Esteban El Pibe escogió este pueblo para hacer su película por los atardeceres tan bonitos que hay. Yo al principio no me había fijado en este detalle, tan atareado estaba con mi padre atrapando conejos con lazos de alambre. Mi padre cría los conejos en el corral de detrás de la casa. Unos los vende y otros nos los comemos. Los gazapos no; son tan pequeños que no tienen carne.

Cuando mi prima Clara me llevó un día a que la viera haciendo de inglesa, me presentó a Esteban El Pibe. Este es mi primo Lenin, le dijo. ¡Lenin!, repitió él abriendo mucho los ojos y zarandeándome el pelo. ¡Lenin!, volvió a repetir sonriendo mucho y señalando el gazapillo que yo sujetaba con una mano y al que no dejaba de acariciar con la otra. Es un gazapo, le dije yo, y él repitió, con la misma cara de asombro que cuando le dije mi nombre: ¡gasapo!, como si fuera un loro. La verdad es que no sabía hablar como nosotros, y siempre tenía a alguien al

lado para hacerse entender. Mi prima Clara le había caído muy bien desde el principio y, gracias a eso, él me dejaba que estuviera a su vera cuando se sentaba en una silla que tenía su nombre en el respaldar y desde la que decía de continuo: “¡acción!”, y todo el mundo se ponía a moverse detrás de la alambrada. Tenía mucho mando Esteban El Pibe y todos estaban pendientes de sus movimientos y hacían lo que él les mandaba.

El día que llegaron los americanos se armó la revolución, ya lo dije al principio. De repente, empezaron a oírse palabras nuevas que nunca en el pueblo se habían utilizado. La gente comenzó a hablar de “rodaje” como quien pide una caña en la taberna del Indalecio. Vamos a rodar, decían, y se quedaban tan panchos. Ahora todos decían “oquei” en vez de decir sí. Ponnos una caña, Indalecio, que nos vamos al rodaje, decían los más jóvenes, y el Indalecio decía: oquei, y se reían todos. Algunos empezaron a hablar como los americanos, y decían “flin” en vez de película. Es un flin de guerra, decían los más informados, van a construir un campo de concentración para meter presos a los ingleses. El flin va de la Segunda Guerra Mundial.

Todos los que tenían oficios manuales como carpinteros, albañiles, electricistas, fueron contratados para construir la alambrada y el palacio japonés de pega. Todo era de cartón piedra, pero en la película no se notaba. Lo comentó uno de “efectos especiales” que se enamoró de la Jesusa y se quedó en el pueblo. La verdad es que la Jesusa estaba de muy buen ver, al menos eso era lo que decían todos: se ha llevado a la mejor, el muy cabrón, decían. A mí me daba igual, porque a mí la única mujer que me interesa es mi prima Clara. Mi prima Clara tiene los ojos de un color que le varía según los días y la luz, es como si el Guadalquivir los atravesara. Luego está lo de su pelo dorado y su piel tan blanca. Era la que mejor daba el tipo para hacer de inglesa, me parece que ya lo he dicho antes, aunque ella había salido alemana, como su madre. Mis primos no, mis primos han salido al tío Braulio, morenos y chaparros, que es el tipo que se da en las marismas.

Mi padre no tiene oficio reconocido, él es bracero, y trabaja en lo que le sale en el campo, que es más bien poco, por eso se ayuda con los conejos, pero mi prima Clara logró que lo contrataran de peón para abrir hoyos para el vallado del campo de concentración, también para levantar el palacio de mentira donde viviría el jefe de los japoneses. Mi padre es comunista, como casi todos en el pueblo. Ser comunista es que nunca tienes trabajo estable y protestas por todo, me parece, no sé. Es casi lo mismo que ser ecologista. El Félix es ecologista y, cuando se enteró que los americanos iban a rodar la película en el pueblo, se presentó ante Esteban El Pibe y le dijo lo importante que eran las marismas, que iban a tener problemas con los mosquitos y que dejaran todo limpio cuando se fueran, eso les dijo. Esteban El Pibe le dijo que no se preocupara, que todo estaba controlado, y le ofreció al Félix un papel de extra en la película, pero el Félix es más tozudo que los comunistas, ya digo, y le contestó que no, que él no hacía de prisionero. Todavía hoy se sigue preguntando por qué dijo que no, cuando quería decir que sí. A los mayores no hay quien los entienda.

Los mosquitos de las marismas son como libélulas, tan grandes son. El Félix se reía cuando se imaginaba a los prisioneros en el llano dando manotazos al aire para protegerse de las picaduras. Pero Esteban El Pibe lo tenía todo controlado, y trajo unas avionetas de color azafrán que rociaron la marisma con polvos muy fuertes, y de los mosquitos nunca más se supo hasta al año siguiente. Alguien dijo que tres sanluqueños habían muerto por comer pajaritos fritos envenenados. Mi padre, por si acaso, dejó de cazar conejos por un tiempo, además que con el trabajo del cine estaba muy atareado.

De repente, en el pueblo todas se habían vuelto locas. Las peluquerías habían agotado todas las existencias de tintes rubios. Las mujeres bajaban hasta Sanlúcar o se acercaban hasta Jerez o Sevilla para teñirse el pelo, otras recurrían a los trucos de toda la vida, ya se sabe: el agua oxigenada, la cerveza y la camila, todo valía para conseguir que el pelo de una, que siempre había sido oscuro, se volviese rubio de la noche a la mañana. Lo pedían en el “castin”: “se necesitan chicas rubias, delgadas y de piel blanca”. El castin era que tú te presentabas en el almacén del Pasionario y cruzabas despacio delante de un encargado. Si dabas el pego te cogían, si no, te echaban para atrás. Los encargados estaban desbordados y no hacían más que quejarse todo el tiempo, porque la gente no leía el cartel, y así era que se presentaban mujeres talluditas, tirando a gordas y de piel tostada. Es lo que tiene trabajar bajo el sol del llano. A la tía Encarna no la cogieron, la tía Encarna es cincuentona y entrada en carnes; con el pelo no tuvo problemas, a base de tintes y agua oxigenada terminó rubia platino, como la Marilín esa que sale en el cine. Si el tío Emilio pudiera verla, se retorcería en la tumba, o a lo mejor no, a lo mejor le gustaba, que con los mayores nunca se sabe. El caso es que a la tía Encarna no la cogieron para prisionera inglesa, ¡cómo la iban a coger! Pero luego, gracias a la prima Clara, que era la preferida de Esteban El Pibe, y al follón que se armó en el comedor, la contrataron como cocinera.

Lo que ocurrió fue que la gente estaba harta de la comida americana. Cada mañana, antes del rodaje, pasaban por maquillaje, después por el vestuario, y luego al comedor, y ahí era siempre lo mismo: rosbí, habichuelas dulces y pudín. Un día se cansaron y se negaron a subir al autobús para ir al rodaje. La Jesusa era la que más bulla metía. Era de armas tomar la Jesusa. Disfrazada de prisionera inglesa, se puso a bailar sevillanas encima de las enormes mesas del comedor. Los encargados estaban locos, no sabían cómo parar aquel motín. Por si no tenían bastante con las que querían pasar el castin a pesar de que no daban el tipo, ahora, las que ya estaban contratadas, se rebelaban por un plato de comida. Era de locura. Tuvieron que llamar a Esteban El Pibe y al traductor. El jefe decía que estaban rodando a la vez en Changai y en Inglaterra, y que en esos sitios no habían tenido ningún problema con la comida, que sólo en España se le había revuelto el gallinero. La Jesusa decía que vale, que muy bien, pero que ellas querían comer comida española. Esteban El Pibe sabía mandar, por eso era el jefe. En cuanto comprendió el problema, dijo que se contrataran cocineras de Trebujena, luego se sentó y me buscó con la mirada, Lenin, me dijo, y movió el dedo como mueven su aguijón los alacranes para indicarme que me acercara. Señaló una silla a su lado y yo me senté. Como hacen todos en el pueblo, no sé por qué, cuando me ven en el parque con mi gazapo, me sonrió y me revolvió los pelos de la cabeza. Gasapo, dijo, y yo le dejé que acariciara a Trosky, que tal era el nombre que le había puesto mi padre, aunque Esteban El Pibe no lo sabía. Él sólo acertaba a decir: Lenin, gasapo, y sonreía todo el tiempo. También dio palmas mientras veía bailar a los extras mezclados con los encargados y los de maquillaje, aunque él no sabía llevar el compás, pero aplaudía igual. Era un buen tipo El Pibe.

De todo este episodio del comedor, mi familia sacó tajada, ya lo había anunciado el alcalde, que era un lince, por eso era el alcalde. Mi prima Clara aprovechó para colocar de cocinera a la tía Encarna que, desde entonces, y aunque no salió en la película, lleva el pelo rubio platino, como la Marilín. También convenció mi prima a su madre para que hiciera de madre en la película. Esteban El Pibe dijo que era una buena idea porque transmitía emoción. La tía Karla, al principio, lo pensó un poco, pero ella daba muy bien el tipo con su piel de leche y el pelo de trigo, también tenía la ventaja de sus ojos como el río. Quedarás inmortalizada en el flin, le dijo el tío Braulio, que no sé lo que significa, pero a ella debió parecerle una buena razón, porque ya consintió de buena gana. La Jesusa, que era de armas tomar, ya lo he dicho antes, también sacó tajada del alboroto, pues desde ese día los cañones de las cámaras la apuntaban mucho detrás de la alambrada, y tenían que regañarle continuamente, porque componía la

figura y sonreía todo el tiempo. Sé natural, no actúes, le gritaba el traductor, y ella, entonces, ponía cara de tristeza –que es la cara natural de los prisioneros- y miraba al suelo. Oquei, le decía entonces Esteban El Pibe levantando el dedo gordo en señal de aprobación. También uno de efectos especiales, cuando la Jesusa ponía cara triste a la primera, le guiñaba un ojo y le dibujaba una o con los dedos. Los efectos especiales eran que estallaba una bomba a tu lado y no te pasaba nada. Era lo bueno que tenía el cine, que te contaba mentiras todo el tiempo y tú no te dabas cuenta.

Cuando se fueron los americanos, dejaron la marisma hecha un asco. Los conejos huyeron sabe Dios hacía dónde durante una temporada, por eso del veneno de las avionetas y las bombas que hacían explotar los de efectos especiales. El palacio de cartón piedra y el campo de concentración terminaron arrumbados en el Codo de la Esparraguera, junto al río Guadalquivir. Mi padre no me dejaba que me acercara por allí, porque había muchos clavos sueltos que me podía clavar. Además, si soltaba a Trosky, seguro que se perdía en el montón de basura. Por cierto, que antes de irse Esteban El Pibe yo quise regalarle mi gazapo, pero él no quiso aceptarlo, seguramente no sabría qué hacer con él; a cambio, me regaló un dólar de plata, igual que a la prima Clara: se ve que era su preferida.

La noche que estrenaron la película se armó otra revolución. Todo el mundo quería verla a la vez, y no había modo, en la sala no cabíamos todos. La repitieron tantas veces que muchos se la sabían de memoria. Todos estaban ansiosos porque aparecieran las escenas del campo de concentración, y se señalaban cuando salían en la pantalla; las que salieron más tiempo fueron la prima Clara y la tía Karla haciendo de madre, y luego la Jesusa, que salía mucho y se reía en la butaca con el novio de los efectos especiales, que se había quedado a vivir en Trebujena, y que no dejaba de decirle: verigú, verigú, y le pellizcaba la mejilla. Sin embargo, el que más nos soltó la risa floja fue el Nacatone, que con sus ojos como raja de alcancía y su cara plana de mollete, daba el pego como japonés vigilando la alambrada.

Ahora, por fin, el pueblo ha vuelto a la normalidad. Pero el paso de los americanos por Trebujena ha dejado su huella. Desde aquella primavera, a la gente le ha dado por bautizar a los varones con el nombre de Esteban. Muchas no se cansan nunca de pavonearse de que han trabajado con Yon Makosky en un flin de Esteban El Pibe. Algunos, con el dinero ganado en la película, han cambiado de coche, otros han arreglado la casa; el Indalecio dice todo el tiempo oquei cuando le piden una caña o un mosto y yo he cogido la costumbre de acudir a la marisma cada atardecer con la prima Clara y allí, sentados bajo los fresnos de la ribera, nos intercambiamos nuestras monedas de plata y acariciamos por turno a Trosky, que se deja hacer, embobado, mientras nosotros observamos en sus ojillos el sol tan rojo y tan redondo huyendo, sin prisas, camino del Guadalquivir.